

“El problema no es repetir el ayer como fórmula para salvarse. El problema no es jugar a darse. El problema no es de ocasión. El problema, señor, sigue siendo sembrar amor”

Silvio Rodriguez



Wassily Kandinsky, Mirada al pasado, 1924.

PARA LEER...

MORENO, G., *Abriendo camino*, Conversaciones sobre la muerte con JC Bermejo, San Pablo, Madrid 2021

Para recibir este material en tu casa escribe a
Servicio de Atención Espiritual
–Centro San Camilo- Tres Cantos, Madrid
xabier@sancamilo.org



La Eucaristía



La eucaristía, con toda la carga sacramental que asume, es el “signo” querido por el mismo Cristo, continuamente regido por él y, además, con una presencia personal y real, para hacer de mediador entre aquel “signo” definitivo e inagotable del amor de Dios que es la Pascua y el signo que es la Iglesia. Esta es, en efecto, la comunidad de los que “realizan el memorial” de Cristo y de su misterio pascual y que, gracias a la fuerza del mismo Cristo,

que se hace presente en ellos por medio de la eucaristía, se aman como él los ama y, dando testimonio del amor hacia todos, buscan insertarlos a todos en esa comunión de amor que viene de Dios. [...]

La eucaristía es entendida y acogida en verdad no sólo por las acciones que suscita (es celebrada, adorada, recibida con las disposiciones debidas...) o se hacen ciertas cosas a partir de ella (se ama, se lucha por la justicia...) sino además, sobre todo, cuando se convierte en la “forma”, la fuente y el modelo operativo que marca la vida comunitaria y personal de los creyentes. En la eucaristía está presente y operante en la Iglesia el Cristo del misterio pascual. Es el Hijo en actitud de escuchar obediente la Palabra del Padre. Es el Hijo que, en el acto de dar la propia vida por amor, encuentra en la oración dramática y dulcísima dirigida a su “Abbá” el coraje, la medida, la norma del propio comportamiento hacia los seres humanos.

Por tanto, la celebración eucarística realiza en ella misma todo aquello que hace que los creyentes den “cuerpo y sangre” como Cristo por los hermanos, pero arrodillados, atentos para escuchar y acoger, reconociendo que todo es don del Padre, sin contar en las propias fuerzas, sin proyectar el servicio a los otros de las propias maneras de ver.

Todo ello pide cultivar unas actitudes interiores que precedan, acompañen y sigan la celebración eucarística: escucha de la Palabra revelada, contemplación de los misterios de Jesús, intuición de la voluntad del Padre entre el proyecto de vida que surge de la Pascua-eucaristía y las situaciones espirituales siempre nuevas en que se hallan las comunidades y los creyentes individualmente. Por eso, la oración

silenciosa, la escucha de la Palabra, la meditación bíblica, la reflexión personal, no están separadas de la eucaristía, sino vitalmente unidas a ella. [...]

La eucaristía es la forma ejemplar que plasma la vida de la Iglesia y de cada uno de los creyentes sobre el modelo de la Pascua. En esa luz, el fruto fundamental de la eucaristía es la caridad, como capacidad de dar la vida tal como la dio Jesús. Pero la referencia a Jesús coloca la caridad en las coordenadas de la fe y de la esperanza: Jesús da la vida en nombre y en virtud de una relación "contemplativa" especial con el Padre. Esa relación de abandono confiado, de escucha, de obediencia, puede ser descrita en Cristo como relación de fe y de esperanza. La fe expresa la seguridad de la alianza, la confianza del creyente en la fidelidad amorosa del Padre que ha resucitado Jesucristo de entre los muertos. La esperanza va más allá de las incertidumbres, los riesgos, las contradicciones de una libertad humana que está siempre tentada de infidelidad. Haciendo memoria continua de las promesas de Dios y volviendo a hacer coincidir los propios proyectos con el proyecto del Padre, el cristiano se abre al futuro del Reino de Dios, puede proyectar, confiar y esperar el cumplimiento definitivo de sus deseos. [...]

No es posible, pues, acoger el fruto específico de la eucaristía, que es la caridad, sin andar por la vía de la fe y de la esperanza. Pero ello supone un ejercicio constante de escucha silenciosa de la Palabra de Dios y del abandono confiado a su plan de salvación.

Las cargas se acomodan caminando

Camilo de Lelis

¡A jugar! ¡A aprender!

Busca 10 palabras de más de cuatro letras que aparecen en el evangelio de hoy. Con las letras que sobran obtendrás una frase.



A	R	E	D	R	O	C	C	A	D	P
A	D	R	I	A	A	C	E	L	A	E
B	R	G	A	N	A	M	O	S	N	S
E	L	N	T	B	Z	A	C	N	O	Q
U	E	A	P	T	N	U	E	E	I	N
H	R	S	E	R	A	L	Q	U	C	E
O	O	J	E	Z	I	S	U	U	I	S
N	O	M	I	S	L	M	E	D	D	A
S	U	L	B	C	A	R	E	U	N	E
R	A	P	O	R	P	Y	S	R	E	U
C	S	A	N	O	E	G	R	E	B	.

Frase Anterior: El Señor nos envía a todos los rincones con la promesa de su continua compañía

EVANGELIO (Mc 14, 12-16; 22-26)

Lectura del santo Evangelio según San Marcos

El primer día de los Ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos:

- « ¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?»

Él envió a dos discípulos, diciéndoles:

- «Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?" Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena.»

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua. Mientras comían. Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo:

- «Tomad, esto es mi cuerpo.» Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron. Y les dijo: «Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios.»

Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos.

La acción de Jesús en la Cena de Pascua reúne las dos formas de sellar una alianza, pero invirtiendo el orden. Se comienza por la comida, se termina aludiendo a la sangre de la nueva alianza. Aparte de esto hay diferencias notables. Los discípulos no comen en presencia de Dios, comen con Jesús, comen el pan que él les da, no la carne de animales sacrificados; y el vino que beben significa algo muy distinto a lo que bebieron las autoridades de Israel: anticipa la sangre de Jesús derramada por todos.

¿Dónde radica la diferencia principal entre la antigua y la nueva alianza? En que la antigua no cuesta nada a nadie; basta matar unos animales para obtener su sangre. La nueva, en cambio, supone un sacrificio personal, el sacrificio supremo de entregar la propia vida, la propia carne y sangre.

Pero no podemos quedarnos en la simple referencia al pan y al vino, al cuerpo y la sangre. Para Jesús son la forma simbólica de sellar nuestro compromiso con Dios, por el que nos obligamos a cumplir su voluntad. El cuarto evangelio, que no cuenta la institución de la Eucaristía, pone en este momento en boca de Jesús un largo discurso en el que insiste, por activa y por pasiva, en que observemos sus mandamientos, mejor dicho, su único mandamiento: que nos amemos los unos a los otros.